

natural y laudable y merece nuestra indulgencia; no debemos quejarnos de ella por injustas que sean sus sospechas. » « ¡Qué tal! » me decía mi padre señalando con admiración á madama Roland; ya la oyes; ya ves su candor y su generosidad. ¡Imprudente! pídelo perdón. » « Mi madre que me ve y me oye... no me perdonaría tal infamia, » respondí á mi padre, y salí al punto de la habitación dejándolo ocupado en consolar á madama Roland que enjugaba su fingido llanto... Perdonad, monseñor, que haya hablado tanto de estas puerilidades; pero es el único modo de daros una idea de mi situación en aquellos tristes días.

— Me parece que estoy presenciando esas escenas dolorosas... ¡En cuántas familias se habrán reproducido, y en cuántas se reproducirán todavía!... ¿Pero en qué categoría ha presentado vuestro padre en el país á madama Roland?

— Como mi instructora y mi amiga... y de ese modo era considerada.

— ¿Vivía retirado?

— Á excepción de algunas visitas de vecindad y de negocios, no veíamos á nadie. Mi padre, completamente enamorado y transigiendo con los deseos de madama Roland, dejó el luto que llevaba por mi madre antes de tres meses, so pretexto de que el luto debía llevarse en el corazón... El desvío con que me trataba se fué aumentando de día en día, y llegó por fin á mirarme con tal indiferencia, que me permitía una libertad excesiva para una joven de mi edad. Á la hora de almorzar era cuando lo veía, y en seguida se retiraba á su cuarto con madama Roland que le servía de secretaria para su correspondencia: salía luego con ella en coche ó á pie, y no regresaba hasta una hora antes de comer. Madama Roland se adornaba con el mayor esmero, y mi padre se vestía con un cuidado impropio de un anciano de su edad: recibía después de comer á las personas que no podía menos de admitir, jugaba después al chaquete hasta las diez con madama Roland, la daba en seguida el brazo para acompañarla al cuarto de mi madre, y luego se retiraba. Yo podía disponer del día á mi voluntad, ya saliendo á caballo con un criado, ó ya dando largos paseos por el parque inmediato á la casa. Á veces me entregaba á la melancolía y no me presentaba á la hora de almorzar; pero mi padre no se inquietaba nunca por mi ausencia.

— ¡Qué olvido... qué abandono tan criminal!

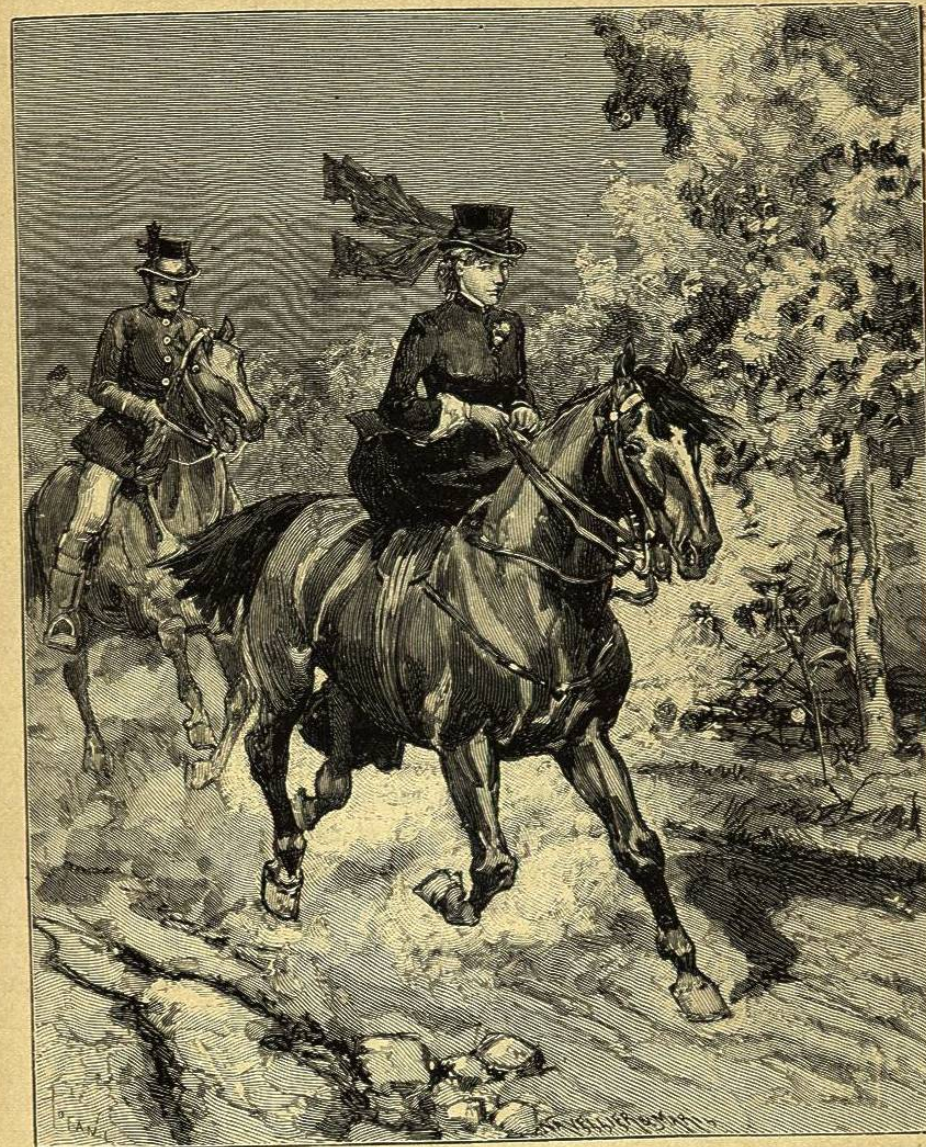
— Habiendo encontrado una vez á uno de nuestros vecinos en el bosque por donde solía pasear á caballo, renuncié desde entonces á estos paseos y no volví á salir del parque inmediato á la casa.

— ¿Y qué trato os daba esa mujer cuando quedabais sola con ella?

— Evitaba como yo esa clase de encuentros. Una sola vez, aludiendo á ciertas palabras duras que le había dirigido la víspera, me dijo con frialdad: « Mirad lo que hacéis: queréis reñir conmigo y vais á quedaros en la demanda. » « Como

mi madre ¿es verdad? » la dije yo: « lástima que no tengáis aquí al doctor Polidori para que os dijese... *pasado mañana*.

— ¿Y qué os respondió cuando dijisteis esas palabras?



En el bosque por donde solía pasear á caballo.

— Encendiósele primero el rostro, mas dominando luego su emoción me preguntó qué quería decir: « Cuando estéis á solas, » respondí, « preguntádselo á vuestra conciencia, y os lo dirá. » Ésta fué mi contestación Poco tiempo después



ocurrió una escena que decidió de mi suerte. Entre el gran número de retratos de familia que adornaban la sala en donde nos reuníamos por la noche, figuraba el retrato de mi madre, el cual desapareció un día. Habían comido con nosotros dos vecinos, uno de los cuales, llamado Mr. Dorval, notario del distrito, había mirado siempre con respeto y veneración á mi madre. « ¿En donde está el retrato de mi madre? » dije yo á mi padre al entrar en el salón. « La presencia de ese cuadro me afligía, » contestó casi balbuceando é indicándome con una seña que había delante personas extrañas « ¿Pero en dónde está el retrato de mi madre? » volví á preguntar; y dirigiéndose entonces á madama Roland, dijo con un movimiento de impaciencia: « ¿En dónde has puesto el retrato? » En el guardamuebles, » repuso ella, y me dirigió una mirada de desafío, creyendo que la presencia de los huéspedes me impediría responderla. « Ya sé, señora, » dije, « que la memoria de mi madre debe seros muy desagradable; pero no es esa una razón para que releguéis al desván el retrato de una persona, que cuando erais desgraciada os hizo la caridad de admitiros en su casa. »

— ¡Muy bien!... — dijo Rodolfo. — Con ese golpe maestro debió quedar anonadada.

— « ¡Señorita! » exclamó mi padre, — « mirad que esta señora ha cuidado y cuida aún de vuestra educación con un desvelo maternal... tened presente que sus virtudes me merecen un respeto afectuoso... y ya que os tomáis la libertad de hablar con esa imprudencia delante de personas extrañas, os digo que los ingratos son aquellos que olvidando la ternura y el cuidado de que han sido objeto, se atreven á insultar el noble infortunio de una persona digna de ser amada... » « No me atreveré á discutir con vos este asunto, papá, » dije con voz sumisa. « ¡Acaso tendré yo mejor fortuna que él! » gritó madama Roland llena de cólera y abandonando esta vez su acostumbrada prudencia. « Acaso me haréis el favor de confesar que lejos de deber el más mínimo favor á vuestra madre, sólo debo acordarme del desvío y del desprecio con que me trató siempre; y si bien es cierto que he vivido en su casa, ha sido contra su voluntad. » « ¡Ah, señora! dije interrumpiéndola, « por respeto á mi padre, por vergüenza, por lo que os debéis á vos misma... no hagáis revelaciones tan deshonorosas... Me arrepiento de haberos expuesto á proferir una confesión que os degrada. »

— ¡Muy bien! ¡cada vez mejor! — exclamó Rodolfo. — La disteis un suplicio completo. ¿Y ella qué repondió?

Puso fin al diálogo por un medio muy vulgar, pero muy cómodo: apenas oyó mis últimas palabras, exclamó: « ¡Dios mío! ¡Jesús me valga! » y se desmayó. Gracias al patatús de madama Roland, salieron de la sala los dos testigos de esta escena con pretexto de ir á buscar socorro, y yo me fui tras ellos, mientras que mi padre acudió á madama Roland con extraordinario apresuramiento.

— ¡Con qué enojo os hablaría vuestro padre después!

— Al día siguiente por la mañana vino á mi cuarto y me dijo: « Para que en lo sucesivo no se repitan escenas tan desagradables como la de ayer, os declaro que luego que haya expirado el tiempo riguroso de mi luto y del vuestro, me casaré con madama Roland. Desde hoy tendréis que mirarla con el respeto debido... á mi mujer. Por razones particulares es indispensable que os caséis antes que yo: la herencia de vuestra madre asciende á un millón de francos, que serán vuestra dote. Procuraré proporcionaros un enlace conveniente, y me informaré de varias proposiciones que me han sido hechas.

— Desde aquel día viví enteramente aislada, pues sólo veía á mi padre á las horas de comer, que pasaban en profundo silencio. Mi vida era tan triste que sólo aguardaba el momento en que me propusiesen cualquier marido para aceptarlo inmediatamente... Madama Roland había desistido de hablar mal de mi madre, pero se desquitaba haciéndome padecer un suplicio incesante: para exasperarme más, se servía de todo lo que había pertenecido á mi madre, como su silla de brazos, su bastidor, los libros de su biblioteca, una pantalla bordada por mi mano y en la cual se veía su cifra... Todo lo profanaba aquella mujer...

— Concibo el horror que os causarían esas profanaciones.

— Y como la soledad contribuía á aumentar mi dolor...

— ¿Y no teniais alguna persona de confianza?...

— Ninguna... Sin embargo, he recibido una prueba de interés, que he agradecido: esta prueba me la dió Mr. Dorval, anciano y honrado notario á quien había hecho mi madre algunos servicios, y testigo de la escena en que yo había tratado con tanta aspereza á madama Roland. Como según la orden de mi padre yo no podía bajar á la sala cuando había en ella alguna persona extraña no volví á ver Mr. Dorval; pero un día que me paseaba en el parque según costumbre, se acercó á mí con aire misterioso, y me dijo con gran sorpresa mía: « Señorita, temo que me vea aquí el señor conde: leed esa carta y quemadla después; es de la mayor importancia para vos, » y desapareció. En la carta me decía que se trataba de casarme con el marqués de Harville; que este partido era conveniente por todos estilos; que respondía de las buenas prendas del marqués; que era joven, rico, de talento distinguido y de buena figura; pero que dos jóvenes con quienes había estado para casarse sucesivamente, habían roto sus relaciones con él de un modo tan repentino como inopinado... El notario no podía decirme el motivo de este desenlace, aunque creía que estaba en el caso de ponerlo en mi conocimiento, creyendo sin embargo que todo esto no sería perjudicial al marqués de Harville. Las dos jóvenes referidas eran hijas, la una de Mr. de Beauregard, par de Francia, y la otra del lord Dudley. Mr. Dorval me decía que había resuelto hacerme esta



confianza, porque mi padre parecía no dar bastante importancia á las circunstancias que me indicaba, llevado del deseo de verme casada lo antes posible.

— En efecto, dijo Rodolfo después de un momento de reflexión — ahora me acuerdo que vuestro marido me participó, en el intervalo de un año, dos proyectos de casamiento, que cuando estaban para realizarse se rompieron inopinadamente, según él, por ciertas diferencias de interés...

La marquesa de Harville sonrió con amargura, y dijo :

— Luego sabréis la verdad, monseñor. Desde que leí la carta del notario, se apoderó de mí una curiosidad y una inquietud indecibles. ¿Quién sería el marqués de Harville, pues mi padre nada me había hablado de él, ni yo me acordaba de haber oído jamás su nombre? Pocos días después salió para París madama Roland, con grande asombro mío. Aunque su viaje no debía durar más que ocho días, esta separación momentánea causó la mayor pesadumbre á mi padre, y aumentó la frialdad con que ya me trataba. Un día, preguntándole yo cómo se hallaba, me dijo : « Padezco mucho, y tú eres la causa. » « ¿Yo la causa, señor? » « Sí. Ya sabéis, señorita, que no puedo vivir sin la compañía de madama Roland, y esa admirable mujer á quien habéis ultrajado, ha tenido que hacer, sólo por vuestra conveniencia, un viaje que la separa de mi lado. » Esta prueba de interés que por mí tomaba madama Roland me hizo estremecer, y sospeché que se trataba de mi casamiento. Podréis imaginar, monseñor, cuan grande sería el gozo de mi padre cuando volvió de París mi futura madrastra. Á la mañana siguiente me llamó á su cuarto, en donde se hallaba solo con ella. « Hace mucho tiempo, » me dijo, « que pienso en tu colocación. Tu luto se acabará dentro de un mes. Mañana llegará aquí el señor marqués de Harville, joven muy distinguido, muy rico y con cuantas condiciones son necesarias para asegurar tu felicidad. Te ha visto en París, desea tu mano, y se halla arreglada ya la cuestión de intereses; por manera que sólo depende de ti el que os caséis antes de seis semanas. Si por un capricho que no quiero imaginar, rehusas un partido tan ventajoso como inesperado, yo me casaré de todos modos, según tengo resuelto, luego que mi luto haya expirado. En tal caso debo decirte que sólo podré consentir tu presencia en mi casa si me ofreces tratar á mi mujer con el amor y el respeto que se merece. » « Ya os entiendo, señor, » le respondí. « Si no me caso con el marqués de Harville, os casaréis vos; y entonces no habrá ningún inconveniente para que yo me retire al *Sagrado Corazón*. » « Ninguno, » me repuso con frialdad.

— ¡Oh! eso no puede atribuirse á debilidad; ¡eso es crueldad!... — exclamó Rodolfo.

— ¿Queréis saber, monseñor, por qué no he conservado el menor resentimiento contra mi padre? porque una especie de intuición me anunciaba que

llegaría á pagar muy cara la ciega pasión que le había inspirado madama Roland... Y, gracias al Señor, ese día no dejará de llegar...

— ¿No le habéis dicho nada sobre esos dos enlaces, rotos por las familias á que había querido unirse el marqués?

— Sí... En el mismo día supliqué á mi padre que me concediese un rato para hablarle á solas. Madama Roland se levantó precipitadamente y salió de la habitación. « No tengo el menor inconveniente para aceptar la unión que me proponéis, » le dije; « pero no debo ocultaros que habiendo estado dos veces para casarse el marqués de Harville... » « Bueno, bueno, ya sé, » me repuso interrumpiéndome; « ya sé lo que quieres decir. Eso ha sido por ciertas cuestiones de intereses, que no han perjudicado en lo más mínimo la delicadeza del marqués de Harville. Si no tienes otro inconveniente que oponer, ya puedes considerarte casada con él... y felizmente casada, porque yo no quiero más que tu felicidad. »

— Ese casamiento debió haber llenado de satisfacción á madama Roland.

— ¿Satisfacción? ya lo creo, monseñor — dijo con amargura Clemencia; — porque esta unión era obra suya. Había inspirado á mi padre la primera idea de este enlace... Sabía la verdadera causa del rompimiento de los dos que había proyectado el marqués, y ahí está el motivo que la obligaba á casarme con él.

— ¿Pero qué motivo?

— Quería vengarse de mí entregándome á una suerte espantosa...

— Pero vuestro padre...

— Confiado en madama Roland, creyó en efecto que los proyectos del marqués de Harville se habían deshecho por cuestiones de interés.

— ¡Qué trama tan horrible!... ¿Pero esa causa misteriosa?...

— Ya os la diré, monseñor. Llegó por fin á Aubiers el marqués de Harville: sus modales, su conversación y su figura me agradaron; la bondad estaba pintada en su semblante, y su carácter era dulce y benigno, pero algo melancólico. He notado en él un contraste que me asustaba y me agradaba al mismo tiempo: su talento era grande y cultivado, su fortuna envidiable, y su nacimiento de lo más ilustre; y sin embargo su fisonomía, de ordinario enérgica y resuelta, expresaba á veces una especie de timidez, de abatimiento y de desconfianza de sí mismo que me interesaban sobremanera. También me gustaba la benignidad extraordinaria con que trataba á un ayuda de cámara anciano que lo había criado, y por el cual era exclusivamente servido. Algún tiempo después de su llegada estuvo enfermo en su cuarto por espacio de dos días, y habiendo querido mi padre visitarlo, se opuso el ayuda de cámara, pretextando que su amo padecía una violenta jaqueca y que no podía recibir á nadie. Cuando de Harville volvió á presentarse estaba pálido y decaído, y